

# “Ese héroe es el joven comunista”: Violencia, heroísmo y cultura juvenil entre los comunistas uruguayos de los sesenta

VANIA MARKARIAN  
*Universidad de la República, Montevideo*

En el correr de los años sesenta, en un momento de gran expansión de su militancia, los espacios juveniles asociados al Partido Comunista Uruguayo (PCU) fueron definiendo el significado de la incorporación a sus filas y los requerimientos para ello. Aunque un poco larga, la siguiente cita de una publicación oficial de la Unión de Juventudes Comunistas (UJC) presenta los tipos ideales de militante que se imaginaban al finalizar la década:

Ese joven que sale de la fábrica (...) y con entusiasmo que supera todo cansancio sigue “trabajando” (...) Ese obrero que no gana para vivir pero va al paro y a la huelga (...) Ese jovencito de 13 años que recién desprendido de la falda materna ya está enfrentando con audacia y sin temor a los interventores en su liceo (...) Y un día, en un peaje solidario es aplastado por el camión de un carnero (...) O en una amistosa caminata nocturna ve tronchar su vida por el odio de un policía. Ese universitario, que trabajaba para estudiar, que con sacrificio ayudaba a su familia y cotidianamente aportaba su esfuerzo a la militancia revolucionaria, que sin temor enfrentó la saña represiva en los momentos más crudos y una bala lo dejó tendido (...) para siempre. Ese otro joven que ante su ejemplo dio un paso adelante en su definición revolucionaria, siguió su camino heroico y un mes después era nueva víctima mortal del enemigo. Ese muchacho de barrio que no encuentra trabajo (...) pero que

---

vm119@caa.columbia.edu

cuando la Juventud estuvo en un aprieto económico para pagar el alquiler del local, no vaciló en donar su sangre para venderla (...) O esa humilde muchacha que (...) ofreció su anillo de 15 años (...) Ese muchacho que cansado y somnoliento por el trajinar diario pasa la noche en vela, guardando el local ante las posibles provocaciones o atentados (...) Ese joven de pueblo del Interior que desafiando la ignorancia, el oscurantismo pueblerino (...) la persecución y el peso sofocante de los caudillos latifundistas, mantiene en alto la bandera revolucionaria (...) Siempre arriesgando su vida (...) Ese joven que fue torturado, que le aplicaron la picana en las zonas genitales, que lo golpearon brutalmente, que lo sometieron al terror psicológico y lo encerraron en una repugnante celda (...) y no se quebró, jamás traicionó a sus compañeros y salió con más firmeza (...) Ese muchacho que ama, que ríe, que se apasiona, que juega, que “hincha”, que sufre, que canta, que se deslumbra ante las maravillas del arte y la ciencia, que vive joven (...) Es el héroe de nuestro tiempo de Revolución. Es el héroe pequeño pero gigante que sabe que no alcanza con el heroísmo individual o de pequeños grupos sino que lo fundamental es el heroísmo y la lucha unida y organizada de las grandes masas sintetizadas en el Partido. Es el héroe que se inspira en el heroísmo de un Lenin, un Julius Fucik, un Che, un Van Troy, un Ho Chi Minh. Ese héroe es el joven comunista.<sup>1</sup>

Estas páginas tratarán de analizar algunas de las nociones que se expresan abiertamente y otras que sólo se insinúan en esa elaborada construcción de la militancia juvenil comunista en el Uruguay de los años sesenta. En ese entonces una generación de jóvenes latinoamericanos se inició a la vida política desde una visión heroica de la militancia que convivió, muchas veces de forma conflictiva, con la difusión de nuevas pautas culturales proveniente de sus coetáneos de Europa y Estados Unidos. El efecto de esas ideas y prácticas de circulación global sobre el significado de “ser joven” en la conformación de identidades políticas a nivel local, en particular entre las fuerzas de izquierda, es el centro de mi trabajo actual. Me interesa especialmente analizar las vinculaciones que se establecieron entre algunas representaciones de la juventud y los requerimientos de la lucha revolucionaria.<sup>2</sup> Aunque la asociación entre militancia de izquierda y violencia política no fue una novedad de los sesenta ni se restringió entonces a los grupos de jóvenes, hubo en esa época un auge mundial de las discusiones sobre lo que entonces se llamaba las “vías de la revolución”, especialmente

sobre la importancia y necesidad de la lucha armada, al tiempo que se discutía el papel específico de las nuevas generaciones en esos procesos.

En ese contexto, el examen de los espacios juveniles vinculados al PCU resulta particularmente interesante. En primer lugar, porque se trataba del sector más importante de la izquierda local en términos cuantitativos, tanto en lo electoral como en la participación política y sindical. En segundo lugar, porque este partido mantuvo una relación original con la violencia política que lo diferenció tanto de lo que se ha dado en llamar “nueva izquierda”, es decir, los grupos que preconizaron o practicaron la lucha armada, como de otros partidos comunistas del continente, que expusieron grandes reparos frente a las experiencias guerrilleras de la época. La intención es, entonces, examinar las intervenciones de los jóvenes comunistas uruguayos en esos debates y ver hasta qué punto estuvieron influidos por las pautas generacionales que iban ganando a sus pares en el mundo entero.

### **Creación y expansión de una organización de masas**

A partir de la segunda mitad de los años cincuenta, al salir de una grave crisis interna, el PCU había priorizado las tareas de reclutamiento y construcción de una gran organización de masas que fuera al mismo tiempo la “vanguardia revolucionaria” del pueblo uruguayo. Para esto, el único partido comunista latinoamericano que nunca había estado proscrito legitimó su adhesión a la participación electoral y a la militancia política legal, en una esmerada relectura de la historia y las tradiciones nacionales, al tiempo que mantenía una posición abierta hacia diferentes manifestaciones de la cultura de masas. La creación de un sector juvenil con autonomía organizativa fue parte de ese proceso. En septiembre de 1955, en el congreso que consolidó la nueva orientación del partido, su secretario general, Rodney Arismendi, definió a la recién fundada UJC:

(...) organización de vanguardia de la joven generación, que se inspira en los principios del marxismo-leninismo, y procura educar a la juventud en el espíritu de la lucha de clases y del internacionalismo proletario, en el ejemplo de la Unión Soviética y demás países del campo democrático. La Juventud Comunista es una organización sin partido, cuyos métodos y características son peculiares y cuya amplitud debe ser muy grande. Las formas más diversas de la actividad juvenil (la cultura, el deporte, las atracciones propias de los jóvenes, etc.) integran el conjunto de las labores de las Juventudes Comunistas.<sup>3</sup>

Como señala Gerardo Leibner, se trataba de una ambiciosa definición en consonancia con los objetivos planteados por la nueva dirección partidaria: actuar de acuerdo a la ideología de una “vanguardia revolucionaria” y llegar a los sectores más amplios de la población.<sup>4</sup> En el caso de la UJC, se sumaba el desafío de incorporar los intereses y atender las características de las nuevas generaciones que ya en la segunda mitad de los cincuenta empezaban a adoptar las pautas culturales juveniles que se difundían en el mundo.<sup>5</sup> Bajo la conducción de su primer secretario, Samuel Wainstein, y vigilados de cerca por los dirigentes del partido, los jóvenes comunistas de esta época actuaron con la expresa instrucción de evitar las actitudes sectarias que habían caracterizado el período anterior e integrarse a las actividades de su entorno social más inmediato. En el caso de los “círculos” estudiantiles, esto implicaba combatir ciertas prácticas previas y participar de la actividad gremial en cada lugar. En el ámbito barrial u obrero, en cambio, no era tan necesario rectificar posiciones porque no se contaba con demasiada experiencia.

Según el mismo análisis de Leibner, el nuevo enfoque no dio grandes frutos entre los obreros, que no tenían tradición de organizarse por edades, pero fue exitoso entre los estudiantes.<sup>6</sup> A este nivel, el crecimiento de la UJC coincidió con la expansión de la matrícula de la educación secundaria en base al acceso de miles de adolescentes provenientes de los sectores populares.<sup>7</sup> Esa fue la cantera donde la UJC reclutó a cientos de adeptos, mediante una efectiva estrategia centrada en temas relevantes para amplios sectores juveniles, ya fuera por su importancia inmediata, como el reclamo de boleto estudiantil barato, ya fuera por su peso político, como la solidaridad con la reciente Revolución Cubana.<sup>8</sup>

Hacia principios de los años sesenta, entonces, la organización juvenil comunista tenía ya una presencia importante en los centros de educación secundaria y en la Universidad de la República, predominando en los gremios estudiantiles, así como en varios barrios de Montevideo. Sucesivos congresos del PCU y la UJC ratificaron la decisión de dirigirse a los diferentes estratos juveniles mediante actividades amplias y diversificadas. El desafío principal de esta etapa, cada vez más acuciante a medida que avanzaba la década, estuvo planteado por el surgimiento de varios grupos y tendencias políticas que competían “desde la izquierda” con la estrategia y el poder de convencimiento de los comunistas.<sup>9</sup> La acción de la UJC fue fundamental en ese sentido, ofreciéndose como una alternativa de militancia para los sectores juveniles radicalizados y cumpliendo la línea del partido de fortalecerse como una organización de masas. En una entrevista de 1970, el dirigente José Pedro (Pepe) Massera hacía frente al reto planteado por la irrupción de los grupos armados y de acción directa en la escena nacional, reafirmando la orientación definida cuando la fundación de la organización en 1955:

¿Teníamos otros caminos? Sí. Podíamos habernos transformado en un grupo heroico pero pequeño, reducido, tratando de conmover a nuestra juventud por el uso de la sensación política. Hubiéramos dado seguramente lo máximo que se puede dar por esa ruta pero no existiría lo que hoy existe. Se sobreentiende que en estas palabras no hay nada de jactancia (...) La UJC vino a este mundo como auxiliar del partido del proletariado.<sup>10</sup>

Esta resolución, tomada ciertamente a mediados de los años cincuenta por la renovada dirigencia partidaria, se mantuvo en los lustros siguientes, cuando la discusión sobre las “vías de la revolución” se planteó con más urgencia en la izquierda uruguaya y latinoamericana bajo el creciente prestigio de la experiencia cubana. El despliegue de argumentos teóricos y ejemplos históricos involucró tanto exámenes de la situación nacional como cambiantes percepciones del escenario internacional, por ejemplo en el caso de la escisión de la UJC en torno a la polémica entre China y la Unión Soviética, que derivó en la fundación del Movimiento de Izquierda Revolucionaria en 1963.<sup>11</sup> A lo largo de la década, la dirigencia del PCU procuró conciliar la tesis soviética de la “coexistencia pacífica”, las concepciones leninistas del cambio social y el entusiasmo por Cuba. Fue también ajustando posiciones frente a los desafíos abiertos en esos años ante todas las fuerzas de izquierda en América Latina. A diferencia de otros partidos de orientación soviética en el continente, el PCU participó de la reunión de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) en La Habana en 1967 y, aunque no apoyó su definición tajante en favor del método guerrillero, reconoció explícitamente el papel de la lucha armada para terminar con la dominación imperialista en la región.<sup>12</sup>

A grandes rasgos, los comunistas uruguayos promovían la construcción de un movimiento de masas que fomentara el cambio revolucionario en todas las instancias, incluyendo, de ser necesario, una insurrección popular. Walter Sanseviero, secretario general de la UJC desde 1965 hasta su muerte en 1971, destacaba que “[l]a previsión sobre la dureza del proceso no significa apostar a la acción heroica de sacrificados revolucionarios. Por el contrario, la clave del triunfo estriba en no descuidar ni por un instante que el tema capital es la conquista de las grandes masas”.<sup>13</sup> Desde esas posiciones, el PCU criticó desde el inicio el accionar del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) por poner en peligro “el verdadero desenlace revolucionario” en Uruguay al provocar una “guerra civil” que las fuerzas represivas estaban destinadas a ganar.<sup>14</sup> En un sentido similar, la creación de la coalición de izquierda Frente Amplio en 1971 fue una apuesta a transitar el “camino menos doloroso al socialismo”, materializando la alianza del proletariado con el campesinado y

las capas medias, que consideraban central para cumplir con la primera etapa, “agraria anti-imperialista”, de la Revolución Uruguaya.<sup>15</sup>

En cada una de esas instancias, la UJC participó como “auxiliar del partido del proletariado”, en palabras de Pepe Massera, tratando simultáneamente de actuar como una organización de “vanguardia revolucionaria” y de incrementar su influencia en los más diversos sectores de la población juvenil. La apertura de los comunistas uruguayos hacia las diferentes manifestaciones de la cultura de masas se fue extendiendo entonces hacia las novedades culturales de las nuevas generaciones, tal como lo expresaron las dos secciones que *El Popular*, diario oficial del partido, dedicaba a temas juveniles entre fines de los sesenta y principios de los setenta: *UJOTACÉ*, el suplemento de la UJC, y *La Morsa*, una página que ya desde el obvio homenaje a los Beatles mostraba su afinidad con la música joven del momento. Las inquietudes de los jóvenes de clase media predominaban en esas publicaciones. Junto al planteo de algunos problemas generales de sus coetáneos, como el desempleo y las deficiencias del sistema educativo, se solía hablar de esas novedades culturales en tono despreocupado, restándoles importancia en tanto emblemas de la sociedad de consumo, siempre y cuando sus seguidores estuvieran dispuestos a combinarlas con la militancia. Las elocuentes palabras de Alicia (18 años, estudiante universitaria) en defensa de la minifalda sirven para ilustrar este punto: “Te imaginás en una relámpago [demostración callejera repentina para tomar por sorpresa a las fuerzas represivas] corriendo con la maxi[falda]...”.<sup>16</sup> Además de revelar el origen de clase de quienes más aparecían en esas publicaciones, este tipo de declaraciones reflejaba tanto la decisión de atraer nuevos adherentes con actitudes y actividades menos politizadas, como el firme crecimiento de la organización que debía ahora albergar a jóvenes con diferentes grados de compromiso y dedicación.

Efectivamente, la UJC buscaba atraer a todos los que estuvieran dispuestos a afiliarse, con la idea de que la formación y el entrenamiento se producirían en el interior de la organización.<sup>17</sup> Así lo muestra la publicación de una entrevista a otra Alicia, en esta ocasión estudiante secundaria de 17 años, afiliada en 1969: “Yo marxista-leninista filosóficamente no soy, yo creo en Dios, pero no veo una contradicción: Cristo fue el primer comunista”.<sup>18</sup> Más allá de las circunstancias específicas de la entrevistada, sobre las que no se abunda en el texto, parece claro que la difusión de sus palabras trataba de alentar el acercamiento de jóvenes de diferentes persuasiones y vagos antecedentes ideológicos. El éxito de esta estrategia –que dio lugar a que miembros de otros grupos de izquierda ironizaran sobre la consigna “Afiliate y lucha” cambiándola por “Afiliate y baila”– puede medirse en números a lo largo de la década. Según cifras oficiales, entre 1965 y 1969 la UJC se multiplicó por cuatro, con 6.000 nuevos afiliados en 1968 y 8.000

en 1969. Las campañas de afiliación se siguieron proponiendo metas ambiciosas y en 1971 se superó nuevamente la cifra planeada con 8.250 nuevos miembros.<sup>19</sup>

### **Un heroísmo cotidiano**

No se trata, de modo alguno, de sugerir que el atractivo de la UJC para estos grandes sectores juveniles radicaba solamente en la relativa despolitización de sus espacios de sociabilidad o en su apertura hacia algunos productos culturales masivos. Pretendo, por el contrario, empezar a desbrozar los aspectos distintivos de la épica militante que los comunistas uruguayos construyeron e hicieron atractiva, frente a la imagen heroica del compromiso revolucionario que ofrecían otros grupos de izquierda en esa época.

Se extendió por entonces un discurso que unía la celebración de la insurgencia anclada en la tradición latinoamericana de las luchas por la independencia y las guerras civiles del siglo XIX, con otra típica explicación de la militancia de izquierda: la rabia natural de la juventud ante la injusticia y su papel en el cambio social.<sup>20</sup> Esta incitación enaltecía la dimensión física de los jóvenes, la exhibición del cuerpo en acción, la fuerza y energía que comúnmente se asociaban a esa etapa del ciclo vital, principalmente en los varones, así como sus características psicológicas de valentía, entrega y desinterés por las consecuencias materiales de sus actos. Este discurso hizo eclosión en las manifestaciones estudiantiles de 1968 y se fue volviendo cada vez más funcional a los grupos más radicales porque permitía justificar, arraigando en el pasado y proyectando al futuro, el llamado a ejercer en el presente diferentes modalidades de la violencia política que iban desde las tácticas de confrontación en las manifestaciones hasta la adhesión a grupos armados.

Frente a eso, lo primero que hicieron los comunistas, a tono con su perspectiva general del tema generacional, fue relativizar el componente etario frecuentemente asociado a esas representaciones y romper las cadenas de sentido que desde allí se construían para asignar a los jóvenes una distintiva voluntad de entrega y un fuerte espíritu de aventura. En octubre de 1968, retomando su vieja preocupación por el papel de las “capas medias avanzadas de la intelectualidad” en los procesos de cambio social, Arismendi sostuvo que el problema principal era “distinguir antes que nada el espíritu revolucionario que estremece a la muchachada estudiantil para –hombro a hombro y brazo a brazo con ellos– elevar la protesta a conciencia teórica, la insurgencia a praxis revolucionaria, la revuelta a revolución”.<sup>21</sup> Frente a ideas en boga sobre los estudiantes, los universitarios o los intelectuales como “nuevos sujetos revolucionarios”, los comunistas reafirmaban el “papel hegemónico” del proletariado como “fuerza

motriz de la revolución”, de acuerdo al marxismo clásico. Pero no dejaban de capitalizar el clima de agitación: “Debemos descartar toda tendencia a identificar las explicaciones de grupos y ‘teóricos’ cuyas orientaciones no compartimos, con el fenómeno social que la rebelión juvenil y estudiantil implica y que trasciende largamente a los mismos”, según explicaba Sansevierio en 1969.<sup>22</sup>

En ese contexto de polémicas políticas e ideológicas, los intentos de apropiarse de la figura de Ernesto Che Guevara revelaban también diferencias en las formas de entender la militancia en esos años. Los ejemplos abundan pero basta referir a la respuesta suscitada por un editorial del semanario *Marcha*, también en 1968, donde Carlos Quijano citaba al entonces influyente filósofo alemán radicado en Estados Unidos, Herbert Marcuse, para decir que los movimientos estudiantiles del mundo estaban integrados por jóvenes “desesperados” ante las escasas oportunidades económicas, sociales y culturales que se les ofrecían en sus respectivos países. También sostenía que estos movimientos no miraban a Moscú, sino a China y a Cuba: “Marx, pero ante todo Mao. Y también Fidel y el Che, cuya muerte heroica le otorga un resplandor sin par”. Unos pocos números después, un “Joven Comunista” envió una carta al semanario en la que, además de rechazar la incidencia del líder chino y reivindicar el ejemplo soviético, se inspiraba en el Che para contradecir a Quijano (y a Marcuse): “Somos revolucionarios, no desesperados”.<sup>23</sup> Aunque Quijano de modo alguno reducía esos movimientos a una simple manifestación etaria, sino que sumaba esa explicación como una dimensión más del análisis, el “Joven Comunista” se preocupaba especialmente por rechazar la “concepción generacional”:

(...) ¿tenemos los jóvenes un mensaje particular? Contesto a la inversa de *Marcha* que no. ¿No tener un mensaje particular como generación es no tener un mensaje? También contesto que no. Tenemos (...) un mensaje universal y de pueblos. No tenemos “que oponer un mensaje a otro”, “al de la generación anterior” (...) En esta época (...), la del proletariado, no es posible la subsistencia del “mensaje generacional”. Se dirá: qué afirmación poco “joven”. Al contrario: generacionarnos es castrarnos nuestra calidad para con fuerza juvenil llegar a la esencia del drama (...) el problema de la juventud no es si se siente representada y con capacidad creativa en su generación, sino (...) en el conjunto del movimiento. Esto a la inversa, más allá de generaciones, es lo que define a un movimiento joven, y uno de los factores que define a un movimiento revolucionario. Valga si es necesario la afirmación de Arismendi (...) “somos revolucionarios y no pensamos (...) quedar para semilla”. Más allá de la magnitud personal o de un

grupo de dirigentes, es la definición de todo un partido. Eso no es de desesperados ¡y ésa también era la guía que aprendimos del Che! ¡Viviente o asesinado!<sup>24</sup>

Junto a la ya reiterada desestimación del conflicto generacional, asociado sintomáticamente a la pérdida de masculinidad, estas palabras apuntaban a enfatizar la voluntad de entrega de los comunistas mediante una particular lectura de las enseñanzas del Che.<sup>25</sup> Esto implicaba atacar su presentación como inspirado “por los relámpagos alternados de furia épica y desesperación”, en palabras de Carlos María Gutiérrez, otro colaborador de *Marcha* y claro exponente de la “nueva izquierda” que disputaba la concepción de los comunistas sobre las “vías de la revolución” en América Latina.<sup>26</sup> No era una tarea fácil, dadas la personalidad y posturas del personaje en cuestión, y muchas veces los comunistas terminaron recurriendo a otras figuras para priorizar las tareas de construcción partidaria. En ese sentido, Arismendi solía presentar a Georgi Dimitrov, dirigente comunista búlgaro perseguido por los nazis, como un ejemplo de compromiso revolucionario: “¡Era un revolucionario profesional! ¡Era un hombre del Partido!”.<sup>27</sup> Se acentuaban así la convicción ideológica y la disciplina partidaria, en lugar del coraje y la temeridad que solían atribuirse al Che Guevara y extenderse como principales atributos de un buen militante.

Al analizar esas contraposiciones que se daban en la interna de la izquierda, Marisa Silva caracteriza diferentes “místicas”: “Lo que en otros militantes representó la aureola de la opción de la lucha armada como camino de entrega total, en los comunistas fue vivido como la entrega diaria y sacrificada de la militancia legal”.<sup>28</sup> En lo que hace a los comunistas, esta caracterización es básicamente cierta: los discursos y escritos de la dirigencia partidaria reforzaban siempre las más rutinarias tareas de organización, educación y finanzas como centrales para el futuro revolucionario de Uruguay y el mundo. Predominaba, otra vez en palabras de Silva, un “criterio productivista” que determinaba la planificación y evaluación del trabajo para luego destacar el logro de metas como una suerte de heroísmo cotidiano.<sup>29</sup> Así, por ejemplo, se subrayaba que los jóvenes comunistas de tal liceo habían pintado tantos miles de carteles, mientras los de este barrio habían cumplido con los objetivos en materia financiera antes que los de aquél. Mediante estas “emulaciones” o competencias se asignaban menciones honoríficas como “brigada de acero” o “círculo de acero”.<sup>30</sup>

Esto apuntaba, una vez más, al rechazo a la “espontaneidad” y “la esperanza en el chispazo que incendie la eclosión de las masas”, para insistir en el trabajo metódico de “acumulación de fuerzas”: “sin una organización capaz de encauzar, orientar y dirigir las luchas, éstas oscilan entre explosiones inconducentes y el rutinarismo de las luchas meramente reformistas”, en palabras de Sanseviero a

finales de 1969.<sup>31</sup> En los meses siguientes, León Lev, responsable de las tareas de organización de la UJC, enfatizó estos aspectos centrales en un momento de gran crecimiento cuantitativo:

La alegría revolucionaria y el incentivo de esta tarea de organizadores la debemos encontrar en saber que es la base imprescindible para forjar una organización auténticamente revolucionaria (...) Porque el verdadero héroe de este siglo es el comunista. Es el que además de cumplir con todas esas condiciones, saber ir decidido a cumplir la más riesgosa y responsable de las tareas. Para los jóvenes comunistas no debe haber arma más importante que la organización.<sup>32</sup>

De este modo, Lev precisaba la particular concepción del heroísmo que se proponía desde la UJC. Un héroe no era sólo aquél que se arriesgaba para realizar una hazaña, sino el que estaba dispuesto a sumarse al trabajo colectivo y anónimo de una campaña de finanzas, por ejemplo:

Algunos pueden preguntarse ¿Qué tienen que ver las finanzas con la revolución? ¡Militancia revolucionaria es la pegatina, la “relámpago”, la acción heroica! Pero las finanzas... ¡por favor! Así pueden pensar algunos. Quienes son capaces de realizar las acciones más abnegadas y arriesgadas sin protestar, al contrario, con la mayor alegría y sin que se los pida, deben demostrar también su abnegación y entrega a la causa de la juventud comunista haciendo su aporte financiero que debe ser como un aspecto más e importante de la lucha.<sup>33</sup>

### **Opciones por la violencia**

Las citas de la sección anterior ilustran diáfananamente la referida caracterización de Silva sobre la “mística” de la vida partidaria comunista. Al mismo tiempo, un examen atento de los discursos y las prácticas de los dirigentes y los militantes permite detectar la incorporación de otros elementos que fueron matizando esa concepción del compromiso revolucionario, fundamentalmente a través de una paulatina apertura hacia algunas formas de la violencia y hasta el uso de las armas. Al analizar la ideología y estrategia del PCU, Gerardo Leibner afirma que el golpe de Estado de 1964 en Brasil (y no la experiencia cubana) marcó un punto de inflexión en las posiciones a este respecto. Los máximos

dirigentes empezaron a pensar entonces en la efectiva creación de un aparato armado, clandestino incluso frente a la mayoría de los miembros del partido.<sup>34</sup>

En general, los documentos públicos siguieron insistiendo en el “camino menos doloroso al socialismo” de acuerdo con las “tradiciones democráticas del pueblo uruguayo”. Como se dijo, la dirigencia comunista buscaba conciliar una convicción general sobre la pertinencia de la lucha armada con su franco desacuerdo ante definiciones imperativas como la tomada por la conferencia de la OLAS. Para esto, preconizaba la unidad del proceso latinoamericano y enfatizaba las peculiaridades de las “vías revolucionarias” en cada país. Frente a las repetidas acusaciones de “reformismo” de muchos de sus compañeros de izquierda, los comunistas explicaban las “etapas” de la revolución uruguayana según su interpretación del marxismo-leninismo y citaban un conocido discurso del Che Guevara en la Universidad de la República en 1961, en el que había aconsejado a los admiradores vernáculos de la Revolución Cubana que preservaran la democracia en su país y evitaran cualquier recurso “innecesario” a las armas.<sup>35</sup>

Esta argumentación se mantuvo a lo largo de la década y hasta el mismo golpe de Estado de 1973, pero desde mediados de los sesenta comenzaron a aparecer señales de que algunos comunistas se preparaban para “pasar rápidamente de una a otra forma de lucha”, también en palabras de Arismendi, según los requerimientos de cada momento y siempre en pos de construir un movimiento de masas para “derrotar a la reacción en todos los terrenos en que la batalla pueda plantearse”.<sup>36</sup> Además de la situación en Brasil, los rumores de posibles golpes en Uruguay, la exacerbación de las medidas represivas luego de la asunción del presidente Jorge Pacheco Areco en 1968 y la posibilidad de que se desconociera el resultado de las elecciones nacionales de 1971 fueron algunos de los argumentos para estos preparativos, que aún permanecen rodeados de silencio.<sup>37</sup>

Todas las decisiones y opiniones de los comunistas sobre estos temas se enmarcaban en los debates internos de la izquierda sobre las mentadas “vías de la revolución” y el lugar de las diversas formas de violencia en la promoción del cambio social. En la segunda mitad de los sesenta en Uruguay, estas discusiones se hicieron mucho más concretas con la irrupción de la guerrilla tupamara y los grupos partidarios de la acción directa. Varias décadas más tarde se llegó incluso a sugerir que la creación de un aparato armado no implicaba el propósito de pasar a la acción, sino que trataba de impedir que los jóvenes radicalizados se unieran al MLN-T.<sup>38</sup> Esta perdurable manera de pensar las incursiones del PCU y la UJC en diferentes modalidades de violencia política como gestos o maniobras al interior de la izquierda nacional, latinoamericana y aun mundial, se ha extendido también a otros episodios, como el apoyo a la misión del Che Guevara en Bolivia a pesar de las fuertes discrepancias que se tenía con el proyecto.<sup>39</sup>

Lo cierto es que, como dice Leibner, en la segunda mitad de los sesenta contingentes de militantes comunistas, especialmente jóvenes, emprendieron acciones efectivas de preparación para ejercer algunas formas de “violencia revolucionaria”, diferentes tanto de esas opciones calificadas como “aventureras” o “infantiles” como del “internacionalismo proletario” y las usuales tareas de “autodefensa” de ciertos miembros del partido. Este autor sostiene que se aprovechó la creciente radicalización social y política para foguear a esos muchachos en la calle, mediante acciones contra blancos simbólicos como empresas norteamericanas y la embajada de Estados Unidos, y la ubicación de militantes en la primera fila de los enfrentamientos estudiantiles con la policía, por citar dos ejemplos claros.<sup>40</sup>

Contribuye a corroborar esa visión la frecuencia con que los dirigentes del partido refutaban las acusaciones de “timidez” y “blandura” que venían de otras tiendas de izquierda, señalando que los tres primeros estudiantes asesinados en concentraciones callejeras en 1968 pertenecían a la UJC. Se solía alegar, además, que la belicosidad de los jóvenes era una respuesta legítima frente a la opresión y el despotismo de las clases dominantes. Como dijo el diputado José Luis Masera cuando el asesinato de Liber Arce, primer estudiante muerto por la policía en las calles de Montevideo en 1968: “Y que sepan los que están sembrando la violencia, que este pueblo no se va a dejar amilanar por esas brutalidades, que sepan que a la violencia le responderán con la violencia, en el terreno que sea”.<sup>41</sup> Por otra parte, se ha señalado que los comunistas participaron en algunas de esas combativas manifestaciones como forma de mantener su influencia y asegurar la unidad del estudiantado, a pesar de haber votado en contra en las asambleas gremiales.<sup>42</sup> En este sentido, resultan interesantes las explicaciones atribuidas a Arismendi por un diplomático estadounidense establecido en Moscú:

(...) con fuertes reparos el PC [Partido Comunista] mandó a sus jóvenes cuadros a las barricadas de la Universidad de Montevideo en 1968, aunque el partido sabía que la táctica era errada. Esto fue necesario, argumenta Arismendi, para demostrar a los estudiantes que los comunistas no se achican frente a una pelea. La acción también sirvió para “neutralizar” a los “izquierdistas” que tratan de liderar el movimiento de masas, de acuerdo a Arismendi. Pero el costo fue grande: 3 estudiantes comunistas asesinados y 27 heridos.<sup>43</sup>

Para entender mejor esas explicaciones, me gustaría ubicar la presencia combativa de los jóvenes comunistas en los enfrentamientos de 1968 dentro del proceso general de radicalización de muchos de sus coetáneos. Para eso,

hace falta describir muy brevemente los acontecimientos de ese año. En diciembre de 1967, luego de la sorpresiva muerte del presidente Óscar Gestido, Jorge Pacheco Areco, hasta entonces vicepresidente, inauguró su mandato con la clausura de dos órganos de prensa y la disolución de grupos de izquierda que adherían a la declaración de la OLAS. A su vez, la profundización de una orientación económica regresiva despertó fuertes resistencias y motivó varios conflictos sindicales. En mayo de 1968, los alumnos de secundaria comenzaron a reclamar la rebaja del precio del boleto y protagonizaron algunos episodios violentos como apedreamientos de ómnibus y barricadas, que no eran del todo ajenos a las movilizaciones estudiantiles de épocas anteriores. Posteriormente se plegaron los universitarios con demandas presupuestales. A mediados de junio, el gobierno justificó en el clima de agitación sindical la implantación de Medidas Prontas de Seguridad (una forma limitada de estado de sitio prevista en la constitución), entre otras medidas autoritarias y frecuentes ataques a la Universidad de la República. Las manifestaciones estudiantiles se fueron volviendo más belicosas, con quemas de neumáticos y bombas de fabricación casera. Ante cada una de esas protestas, la policía desplegó inusitados niveles de represión que dejaron decenas de lesionados y presos, especialmente a partir de julio. Los gremios estudiantiles se abocaron entonces a denunciar la represión y exigir un conjunto de cambios sociales radicales en coordinación con el movimiento sindical. Para ese entonces, los muertos ya eran tres y los heridos sobrepasaban largamente el centenar. Los niveles de movilización decayeron hacia finales de 1968, luego de que el gobierno decretara la suspensión de las clases, pero las protestas continuaron en los años siguientes.<sup>44</sup>

Como dijimos, la extensión de las prácticas violentas y la proliferación de instancias de enfrentamiento con la policía dieron carnadura a las discusiones de la izquierda sobre las “vías de la revolución” a nivel nacional y tuvieron consecuencias concretas sobre los aspectos organizativos de las fuerzas sociales y políticas. Emergieron entonces nuevas opciones para los más comprometidos con las tácticas confrontacionales, como el Frente Estudiantil Revolucionario (FER) y la Resistencia Obrero-Estudiantil (ROE). A su vez, numerosos jóvenes recién iniciados en la militancia estudiantil terminaron incorporándose a la guerrilla, especialmente al MLN-T, el cual, sin prestarles demasiada atención hasta octubre, creció sustancialmente en esos sectores en los últimos meses de 1968 a partir de un aparato organizativo mínimo.<sup>45</sup> Una descripción más densa de todos esos sucesos permitiría terminar de enfatizar que la radicalización juvenil en las movilizaciones de ese año fue la condición del crecimiento exponencial de las opciones armadas y de acción directa, y no su consecuencia.<sup>46</sup>

¿Qué pasó con la UJC en ese contexto? Tanto a nivel de secundaria como en la Universidad, hacia mediados de 1968 sus posiciones perdieron peso en las

organizaciones gremiales. La Coordinadora de Estudiantes de Secundaria del Uruguay (CESU), que reunía agrupaciones vinculadas a la UJC en diferentes liceos, dejó de controlar las protestas. En la dirección de la tradicional y prestigiosa Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU) pasaron a dominar los sectores ahora unidos por su adhesión explícita a las formas de lucha ejercidas por los estudiantes organizados.<sup>47</sup> Esto indicaría que se estaba pagando el precio de oponerse en las asambleas a las tácticas más confrontacionales y tratar de frenar algunos aspectos de las acciones estudiantiles. Pero los comunistas siguieron participando a pleno de esas instancias y disputando las adhesiones juveniles. La UJC creció con fuerza en esos sectores, especialmente en medio de las jornadas más violentas de 1968. De hecho, dos de los tres jóvenes asesinados por la policía en septiembre de ese año se habían afiliado sólo un mes atrás, en reacción ante la muerte de su compañero Líber Arce.<sup>48</sup> Esto sugiere que su acercamiento a la UJC fue una continuación de sus recientes experiencias como militantes estudiantiles.

Se puede matizar así la idea de que la combatividad de los jóvenes comunistas derivó automáticamente de una decisión política tomada por la dirección del PCU y la UJC para afianzar su posición de “vanguardia” o dirimir la interna de la izquierda. Puede aventurarse la explicación convergente de que la línea partidaria, que no se oponía dogmáticamente a todas las formas de la violencia política, acusó el influjo de las inquietudes y expectativas de los miembros más recientes que venían fogueándose en las luchas callejeras, las mismas que llevaron a muchos de sus coetáneos a incursionar en otras formas de compromiso político más abiertamente confrontacional (incluyendo en algunos casos la guerrilla). Quizás una explicación adicional a la paradoja de que los tres muertos fueran miembros de una organización que rechazaba ciertos aspectos de la confrontación, puede buscarse en su superioridad numérica en algunas de esas manifestaciones. Pero parece evidente que muchos de esos jóvenes estaban en la calle antes de afiliarse a la UJC y la vieron como el lugar indicado para continuar expresando su compromiso político, tanto por su capacidad organizativa y su énfasis en el trabajo de masas, como porque también había allí espacio para algunas prácticas combativas de corte violento.

### **Sufrir, morir y hasta tomar un fusil**

A partir de esas jornadas de 1968, comenzó a tomar forma una concepción más definida del heroísmo revolucionario entre los jóvenes comunistas uruguayos. Esta versión heroica de la militancia compartía con otras en la izquierda la sensación de estar contribuyendo de modo decisivo a alumbrar un nuevo orden y

de vivir “la época más trascendente de la humanidad”, según afirmó Sanseviero en 1969.<sup>49</sup> Compartía también una prevención contra la búsqueda individualista y la experimentación personal, reiterando que la auténtica liberación sólo podría ser colectiva. Esto refiere, como se ha repetido en varios estudios sobre los años sesenta en América Latina, a la fuerza de lo público como configurador de las experiencias vitales de los militantes. Es reveladora esta entrevista de septiembre de 1972 a Nibia Sabalsagaray, joven comunista universitaria de 23 años, que fue muerta dos años más tarde en una sesión de tortura en una dependencia militar de Montevideo:

—¿Tu mayor aspiración?

—Como comunista, ... seguir luchando para poder llegar a un mundo nuevo en el que no exista injusticia ni desigualdades, en el que no haya hambre ni guerras, poder construir... construir...

—¿Y en plano personal?

—No sé, nunca me lo planteé...<sup>50</sup>

Desde esas opciones, que alimentaban el sentimiento de distinción con respecto al resto de la sociedad, se exaltaba la idea del sacrificio personal por la causa común, incluidas la muerte y otras situaciones de intenso sufrimiento físico. A partir de 1968, mientras el clima de confrontación política empeoraba, el encarcelamiento de militantes se volvía un hecho cada vez más frecuente y la tortura se transformaba en una rutina para las fuerzas represivas, muchos grupos y partidos insistieron en la importancia de estar preparado para esas experiencias. Los Tupamaros y otros grupos armados reafirmaban su calidad de combatientes y se declaraban dispuestos a morir por sus convicciones.<sup>51</sup> También los comunistas comenzaron a enfatizar entonces la necesidad de asumir ciertos riesgos. En palabras de un miembro de la UJC de 28 años que había estado preso durante más de dos meses en 1969:

Desde el momento que nos iniciamos en la lucha, el encarcelamiento no es un hecho no previsible; con esto no quiero justificar ni ver como algo normal que nuestro pueblo viva este clima de intranquilidad, donde la injusticia y la arbitrariedad están a la orden del día. Creo sí que para mí, así como para la mayoría de los que han pasado por las cárceles, ha sido esto una gran experiencia donde el espíritu se temple y el heroísmo desplegado por varios pueblos pasa a ser en esos momentos una clara luz y ejemplo para confiar en el triunfo final. Se piensa en los bolcheviques de Lenin cuando en medio de la represión se preparaba el 17 de octubre de 1917, se

piensa en [el comunista checoslovaco encarcelado por los nazis] Julius Fucik, en [el poeta español confinado en las prisiones del régimen franquista] Marcos Ana, en el Che, en nuestros mártires, como innumerables ejemplos que nadie podrá borrar de nuestra mente que nos señalan el camino a seguir.<sup>52</sup>

Entrevistas de este tenor eran relativamente frecuentes en las páginas de *UJOTACÉ* y otros espacios de expresión de la Juventud Comunista, mostrando al resto de los afiliados lo que podía ocurrirles y lo que se esperaba de ellos. Datos recogidos a mediados de 1971 evidenciaron que la prisión era ya una experiencia bastante usual entre los jóvenes miembros de la UJC: de los 922 participantes en la Convención Nacional, 372, es decir el 40%, habían estado presos; 135 más de una vez.<sup>53</sup> Aunque también se buscaba denunciar la brutalidad represiva del gobierno, en general el énfasis de los testimonios sobre estas experiencias estaba puesto en el sacrificio por la causa revolucionaria, planteo que se fortalecía con periódicos homenajes a “la memoria de nuestros mártires presentes en la lucha y la vida de la Juventud Comunista”, en referencia a los estudiantes asesinados en 1968.<sup>54</sup>

Luego de que las fuerzas represivas mataran a ocho trabajadores comunistas en abril de 1972 en el marco de la ofensiva final contra el MLN-T, los dirigentes del partido reafirmaron ese componente de la militancia, aunque siguieron rechazando la opción guerrillera. Al rendir homenaje a los ocho asesinados, Arismendi sostuvo que “si detrás de las ideas no se pone la propia vida y la capacidad para el martirio, de nada valen”.<sup>55</sup> A su vez, el senador comunista Enrique Rodríguez explicó a la Asamblea General que estos trabajadores no se habían defendido del ataque en cumplimiento con las directivas del partido.<sup>56</sup> El compromiso y la disciplina siempre habían sido elementos esenciales de la militancia comunista, pero a partir de 1972 se comenzó a enfatizar aún más en su importancia para resistir la represión y la tortura.<sup>57</sup> Ese año, el PCU publicó dos libros con testimonios de militantes comunistas que habían soportado esas experiencias: uno en manos de los franceses en Argelia y el otro en manos de los nazis en Checoslovaquia. En sus prólogos a esos testimonios, conocidos dirigentes del PCU presentaron a Henri Alleg y Julius Fucik como modelos para los uruguayos.<sup>58</sup> También el suplemento *UJOTACÉ* se refería con frecuencia a estos temas, recomendando esas y otras lecturas para templar el espíritu revolucionario, enfatizando la convicción ideológica y la disciplina partidaria como las principales herramientas para resistir la adversidad.<sup>59</sup>

En general, esta versión del heroísmo exigía de los militantes la voluntad de resistir experiencias extremas como la tortura y la muerte, pero no solía demandar abiertamente la disposición a “empuñar un fusil” por la causa revolucionaria,

en consonancia con la línea del partido. Sin embargo, es posible detectar este requerimiento, o al menos una atracción por esta posibilidad, en una serie de expresiones culturales y artísticas relacionadas con los comunistas uruguayos, especialmente con sus sectores juveniles. Muchas veces, estas expresiones contradijeron los esfuerzos por disputar ciertas interpretaciones de la figura del Che Guevara, antes citadas, y construyeron una épica de la lucha armada cercana a la de quienes efectivamente se embarcaron en proyectos guerrilleros (aunque pudieran elaborarse como parte de un camino alternativo de acumulación hacia la insurrección popular). Así, por ejemplo, los dos suplementos juveniles de *El Popular* reprodujeron en 1971 el siguiente tema de El Grupo, que no sólo se presentaba como ejemplo de “canción verdaderamente revolucionaria” en el terreno de la música joven, sino que se había cantado en el cierre del XX Congreso del PCU:

Tú debes hallarte dispuesto  
a tomar un fusil  
cuando la patria te llame  
allí debes ir  
en la primera línea nos debemos de  
encontrar al fin  
gritando a coro  
que habrá que vencer o morir.<sup>60</sup>

Otro ejemplo interesante en ese sentido fue la participación del grupo de danza dirigido por la joven coreógrafa Mary Minneti en una actividad organizada por el Movimiento de Trabajadores de la Cultura del Frente Izquierda de Liberación (FIDEL), integrado por los comunistas y sus aliados, bajo el título de “La noche de Vietnam”. Las fotografías que documentan el espectáculo provienen del archivo de *El Popular* de 1968.<sup>61</sup> Muestran a varios jóvenes bailarines vestidos con camisas de lona, pantalones de jean y cinturones de cuero. La ropa no permite distinguir a los hombres de las mujeres, pero los peinados y maquillajes enfatizan las diferencias de género a la moda de la época: cejas delineadas para ellas y largas patillas para ellos. Los atuendos “unisex”, como se comenzó a decir entonces, y los detalles del arreglo personal expresaban claramente la asunción de las marcas de una identidad generacional que se extendía por el mundo, al tiempo que aludían vagamente a la indumentaria de algunos movimientos guerrilleros del Tercer Mundo.<sup>62</sup> Los fotogramas sugieren una coreografía de movimientos adustos y enérgicos, culminando en una pose guerrera, rodillas en el piso, puños derechos en alto, que evoca imágenes de propaganda de los países socialistas. El título de la obra, “Ballet guerrillero”,

no deja dudas sobre la intención de representar de forma estilizada el recurso a la violencia revolucionaria.

Este tipo de referencias más o menos directas a la lucha armada en manifestaciones artísticas era frecuente en la época. Basta recordar algunas letras del cantautor Daniel Viglietti, quizás un paradigma de esta posición entre los músicos.<sup>63</sup> A los efectos del presente análisis, resulta interesante señalar que en el campo comunista esas apelaciones coexistían con las expresivas alabanzas de Alfredo Zitarrosa “al compañero que lucha sin pistola en la cintura”.<sup>64</sup> Y muchas de esas invocaciones aparecían en productos culturales marcados por las nuevas pautas juveniles, que los presentaban junto a elementos estéticos de los movimientos pacifistas de Estados Unidos. Esto era frecuente en *La Morsa*, la página de música juvenil de *El Popular* a comienzos de los setenta, y también en *UJOTACÉ*, el suplemento oficial de la UJC desde fines de los sesenta.<sup>65</sup> Se solía defender esas expresiones como “auténticas” en su contexto de producción y representativas de las inquietudes de la juventud en Europa y Estados Unidos que se oponía a la “guerra imperialista”, al tiempo que se reconocía el debilitamiento de su potencial subversivo a partir de su circulación en el mercado y su adopción acrítica en otras realidades. Aunque este punto requiere todavía un análisis mayor, cabe destacar que esta mezcla entre incitaciones a la violencia revolucionaria e imágenes pacifistas no se presentaba de forma problemática, como tampoco se oponían la intención vanguardista y la voluntad de crecimiento masivo, ni se dejaba de honrar con insistencia, otra vez en palabras de Zitarrosa, a “la vida más amada, la desarmada”.<sup>66</sup>

### **Para terminar**

Esas múltiples convivencias sugieren algunas conclusiones preliminares sobre la forma en que los comunistas entendían y practicaban la militancia juvenil en esta época. En líneas generales, se trataba de seducir (u ofrecer un “lugar de lucha”, en sus propias palabras) a los jóvenes que por esos años se sentían atraídos por la imagen heroica de la contienda revolucionaria encarnada por Che Guevara con sus atributos de coraje y espíritu de aventura. A su vez, la expansión numérica y la incorporación de diferentes sectores sociales abrieron las puertas a muchos jóvenes de clase media, fundamentalmente estudiantes, que se interesaban por las novedades culturales que venían de Europa y Estados Unidos.

Según datos oficiales, el 78% de los 6.000 nuevos afiliados de 1969 se definía como obreros o empleados, el 22% como estudiantes y el 18% como desocupados. Entre los militantes más comprometidos, que participaron como delegados en la Convención Nacional de 1971, el 47% se reconocía como estudiantes (27%

de ellos también trabajaba), 41% como trabajadores y 12% como desocupados. El 61% tenía menos de tres años de afiliado.<sup>67</sup> Más allá de las posibles imprecisiones que pueda haber en estas cifras, es claro que se trataba de una organización diversa que trataba de integrar a la militancia a sectores cada vez más amplios y por lo tanto menos politizados de la población, mientras buscaba consolidarse como “vanguardia revolucionaria”. La mayoría de sus integrantes trabajaba, pero el peso de los estudiantes entre los militantes más activos sugiere que las capas medias asalariadas y no la clase obrera en sentido estricto daban el tono al colectivo (según se notaba también en sus publicaciones).<sup>68</sup>

De este modo, la UJC habilitó formas de entender la militancia algo diferentes de la línea oficial de la organización, que promovía una concepción del compromiso revolucionario contraria a la idea de una aventura romántica jalonada por actos de arrojo, para enaltecer las tareas cotidianas y anónimas de construcción de una organización de masas fundamentalmente proletaria. Los jóvenes comunistas sumaban una práctica militante que abría espacios para expresiones de cuño generacional y solían apelar a la violencia política de forma estilizada en canciones, poemas u otras expresiones artísticas de la nueva identidad generacional. También se sugería que, llegado el momento, sería necesario asumir otras responsabilidades y riesgos. La participación en las belicosas jornadas de 1968 y las muertes de Líber Arce, Susana Pintos y Hugo de los Santos hicieron palpable esta posibilidad y mostraron la incorporación de algunas visiones confrontacionales sobre la militancia de gran difusión entre sus coetáneos. A partir de ese momento, junto con la extensión de las experiencias de la prisión y la tortura, se consolidó la visión heroica de la lucha revolucionaria entre el grueso de los integrantes de la UJC. Paulatinamente, ese heroísmo comenzó a marcar límites al anterior entusiasmo frente a ciertas formas de la cultura juvenil, y muchos empezaron a percibir que la búsqueda de placer y diversión debían abandonarse en favor de un compromiso político más estricto. Como esperamos haber dejado claro en las páginas anteriores, tanto la exaltación heroica como los acercamientos a la violencia revolucionaria de los jóvenes comunistas no fueron iguales a los de quienes se enrolaron en grupos de acción directa o en proyectos guerrilleros, especialmente porque el centro de su actividad siguió estando en el trabajo legal de masas. Pero, como también esperamos haber mostrado, todos ellos formaron parte de los procesos de radicalización política de grandes sectores juveniles en los años sesenta en Uruguay.

## NOTAS

- 1 “Ese héroe”, *UJOTACÉ*, 8 de agosto de 1970, 4.
- 2 Este artículo se inscribe en un proyecto sobre violencia política en Uruguay entre 1959 y 1973 financiado por el Fondo Clemente Estable de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación, Ministerio de Educación y Cultura, Uruguay, a cargo de Gabriel Bucheli, Aldo Marchesi, Vania Markarian, Felipe Monestier y Jaime Yaffé. Agradezco los comentarios de los demás integrantes del equipo, de los redactores de *EIAL*, de José Rilla, Magdalena Broquetas, Gerardo Leibner y todos quienes escucharon o leyeron versiones de este trabajo en la Universidad Nacional de San Martín (Buenos Aires), el Instituto de Desarrollo Económico y Social (Buenos Aires) y la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República (Montevideo), entre 2008 y 2009.
- 3 Informe de Rodney Arismendi al XVI Congreso del PCU, citado en Gerardo Leibner, “Afiliate y baila” (capítulo de su libro inédito sobre el PCU; consultado por gentileza del autor en 2006).
- 4 Ver Leibner, “Afiliate y baila” y “Perspectivas revolucionarias y los desafíos desde la izquierda” (capítulos de su libro inédito sobre el PCU; consultados por gentileza del autor en 2006).
- 5 Ver Vania Markarian “Al ritmo del reloj: Adolescentes uruguayos de los años cincuenta”, en José Pedro Barrán, Gerardo Caetano y Teresa Porzecanski (coords.), *Historias de la vida privada en el Uruguay III: Individuo y soledades, 1920-1990* (Montevideo: Taurus, 1998).
- 6 Ver Leibner, “Afiliate y baila”.
- 7 El alumnado de los liceos se duplicó entre 1950 y 1960 y siguió creciendo posteriormente. Ver Germán Rama, *Grupos sociales y enseñanza secundaria* (Montevideo: Arca, 1963).
- 8 Ver Leibner, “Afiliate y baila”.
- 9 Ver Leibner, “Perspectivas revolucionarias y los desafíos desde la izquierda”.
- 10 “Imposible poner de rodillas a una juventud indómita: Conversando con Pepe Massera”, *UJOTACÉ*, 22 de agosto de 1970, 9.
- 11 Por un análisis detenido de este tema, ver Eduardo Rey Tristán, *A la vuelta de la esquina: La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973* (Montevideo: Fin de Siglo, 2006), 282-93.
- 12 Ver, por ejemplo, “América Latina: Base yanqui de agresión o punto de combate”, *Punto Final* 36 (agosto de 1967), 46-7. Se trata de extractos de una entrevista a Arismendi publicada originalmente en el diario cubano *Granma* en ocasión de su asistencia a la conferencia de la OLAS. Los editores de la revista chilena consideraban “útil reproducir[la]”, seguramente con el objetivo de fortalecer sus posiciones frente a la mayoría de los partidos comunistas latinoamericanos.
- 13 Walter Sanseviero, *El comunismo tiene la respuesta: 7º Congreso de la UJC* (Montevideo: Biblioteca de la UJC, 1969), 35.
- 14 Ver, por ejemplo, el documento de Arismendi al congreso del partido en diciembre de 1970, en R. Arismendi, *Uruguay y América Latina en los años 70* (México: Ediciones de Cultura Popular, 1979), 22-33. Arismendi dedicó su libro *Lenin, la revolución y América*

- Latina* (Montevideo: EPU, 1970) a analizar los desafíos de la guerrilla para la izquierda latinoamericana.
- 15 Ver, por ejemplo, José Luis Massera, “A manera de presentación”, en R. Arismendi, *Insurgencia juvenil: ¿Revuelta o revolución?* (Montevideo: EPU, 1972), 37-43.
  - 16 “En el Uruguay actual nada, simplemente tratar de cambiarlo”, *UJOTACÉ*, 30 de mayo de 1970, 12.
  - 17 Ver informe de León Lev a la Convención de la UJC en mayo de 1971: “Por una UJC de masas, organizada y combativa”, *UJOTACÉ*, 5 de junio de 1971, 3. Ver también Alberto Altesor, *¿Cuáles son las tareas de los secretarios de organización?* (Montevideo: Ediciones de la Convención Nacional de Organización del PC, 1967).
  - 18 “Alicia, 17 años”, *UJOTACÉ*, 15 agosto de 1970, 3. Es interesante notar que las apelaciones y palabras de encomio hacia sectores de la juventud cristiana y sus organizaciones eran frecuentes en los discursos de los dirigentes. Ver, por ejemplo, Sanseviero, *El comunismo tiene la respuesta*, 49-50.
  - 19 Ver “¡6000 nuevos afiliados durante 1969!”, *UJOTACÉ*, 13 de diciembre de 1969, 3; “607.000 jóvenes uruguayos de 15 a 29 años”, *UJOTACÉ*, 15 de agosto de 1970, 8; “Los convencionales”, *UJOTACÉ*, 29 de mayo de 1971, 3; y “Los nuevos afiliados”, *UJOTACÉ*, 2 de diciembre de 1971, 7.
  - 20 Ver V. Markarian, *Idos y recién llegados: La izquierda uruguaya en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos, 1967-1984* (México: Ediciones La Vasija/Correo del Maestro-CEIU, 2006), capítulo 1.
  - 21 R. Arismendi, “Sobre la insurgencia juvenil”, *Estudios* 47 (octubre de 1968).
  - 22 Sanseviero, *El comunismo tiene la respuesta*, 22.
  - 23 Joven Comunista, “La imagen de los revolucionarios”, *Marcha*, 7 de junio de 1968, 2-3, y Carlos Quijano, “La imagen de los desesperados”, *Marcha*, 10 de mayo de 1968, 5.
  - 24 Joven Comunista, “La imagen de los revolucionarios”, *Marcha*, 7 de junio de 1968, 2-3.
  - 25 Ver también reportaje a W. Sanseviero, “Los jóvenes y la conferencia de la OLAS”, *Marcha*, 8 de septiembre de 1967, 19.
  - 26 Carlos María Gutiérrez, “Las tareas del Che”, *Marcha*, 11 de octubre de 1968, 24.
  - 27 Discurso del 23 de junio de 1972, en R. Arismendi, *Uruguay y América Latina en los años 70*, 87.
  - 28 Marisa Silva Schultze, *Aquellos comunistas, 1955-1973* (Montevideo: Taurus, 2009), 63-4.
  - 29 Ver *ibíd.*, 57-64.
  - 30 Ver, por ejemplo, “La juventud por dentro”, *UJOTACÉ*, 22 de agosto de 1970, 2-3, “Primera etapa de la emulación”, *UJOTACÉ*, 16 de mayo de 1970, 3 y “Hacia el 7 Congreso: Seccional Líber Arce”, *UJOTACÉ*, 8 de noviembre de 1969, 8.
  - 31 Sanseviero, *El comunismo tiene la respuesta*, 39.
  - 32 “Combatir organizadamente: Consolidar y crecer en medio de la lucha juvenil”, *UJOTACÉ*, 4 de abril de 1970, 4-5; y “Tarea de revolucionarios: Cumplir el plan”, *UJOTACÉ*, 4 de julio de 1970, 5.
  - 33 “Así también se hace el camino”, *UJOTACÉ*, 31 de octubre de 1970, 10.
  - 34 Ver Leibner, “Perspectivas revolucionarias y los desafíos desde la izquierda”.

- 35 Ver Arismendi, *Uruguay y América Latina en los años 70*, 17-30. Para la referencia de Guevara, ver Ernesto Guevara, “No hay revolución sin sacrificio”, *Cuadernos de Marcha* 7 (noviembre de 1967), 49-57.
- 36 R. Arismendi, “Anotaciones acerca de la táctica del movimiento obrero y popular, I y II”, *Estudios* 29 y 30 (mayo-junio y julio-agosto de 1964).
- 37 Para el testimonio reciente de un ex integrante de base de ese aparato armado, ver la entrevista realizada por Gabriel Bucheli y Jaime Yaffé a Ricardo Calzada en *Cuadernos de la Historia Reciente, 1968-1985*, 2 (2007), 65-78. Por más sobre este tema, ver Clara Aldrighi, *La izquierda armada: Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros* (Montevideo: Trilce, 2001), 93-4; y Hugo Cores, *El 68 uruguayo: Los antecedentes, los hechos, los debates* (Montevideo: EBO, 1997), 44-6.
- 38 Ver Jaime Pérez, *El ocaso y la esperanza: Memorias políticas de medio siglo* (Montevideo: Fin de Siglo, 1996), 27-8 y 32-5.
- 39 Ver Arismendi, *Uruguay y América Latina en los años 70*, 134-42.
- 40 Ver Leibner, “Perspectivas revolucionarias y los desafíos desde la izquierda”.
- 41 Intervención de Massera en la Asamblea General, 14 de agosto de 1968, citado en Aldrighi, *La izquierda armada*, 94.
- 42 Ver “1968: La pasión por el poder (4)”, *Brecha*, 21 de agosto de 1998, 8.
- 43 U.S., Department of State, “Amembassy Moscow to State Department”, 15 de junio de 1970, National Archives and Records Administration, College Park, MD.
- 44 Para más información sobre el movimiento estudiantil de 1968, ver Jorge Landinelli, *1968: La revuelta estudiantil* (Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias-EBO, 1989); Gonzalo Varela, *El movimiento estudiantil de 1968: El IAVA, una recapitulación personal* (Montevideo: Trilce, 2002); y V. Markarian, María Eugenia Jung e Isabel Wschebor, *1968: La insurgencia estudiantil* (Montevideo: Archivo General de la Universidad de la República, 2008).
- 45 Para las relaciones entre todos esos grupos y las movilizaciones estudiantiles, ver E. Rey Tristán, *A la vuelta de la esquina*, 381-404.
- 46 Ver *ibíd.*, 382. Donatella Della Porta ha descrito relaciones similares entre movimientos sociales y grupos armados en *Social Movements, Political Violence, and the State: A Comparative Analysis of Italy and Germany* (New York: Cambridge University Press, 1995).
- 47 Para CESU, ver Landinelli, *1968*, 31-2; para FEUU, ver Markarian, Jung y Wschebor, *1968*, 102.
- 48 Ver discurso de R. Arismendi en *El Popular*, 3 de octubre de 1969, y carta enviada por “Amigos y compañeros de Susana Pintos” en *Marcha*, 25 de octubre de 1968.
- 49 Sanseviero, *El comunismo tiene la respuesta*, 71.
- 50 “Poder llegar a un mundo nuevo”, *Magazine*, 10 de septiembre de 1972, 10.
- 51 Ver Aldrighi, *La izquierda armada*, 131-2, y entrevista con Julio Marenales, *ibíd.*, 234. Ver testimonio en Alfonso Lessa, *La revolución imposible: Los Tupamaros y el fracaso de la vía armada en el Uruguay del siglo XX* (Montevideo: Fin de Siglo, 2003), 210; y María E. Gilio, “Entrevista a un tupamaro”, *Marcha*, 9 de mayo de 1969, 12-3. Ver también Markarian, *Idos y recién llegados*, capítulo 1.
- 52 “Dos opiniones jóvenes”, *UJOTACÉ*, 15 de noviembre de 1969, 10.

- 53 Ver “Los convencionales”, *UJOTACÉ*, 29 de mayo de 1971, 3.
- 54 “Hacia el 7º congreso”, *UJOTACÉ*, 1 de noviembre de 1969, 8.
- 55 Discurso del 22 de abril de 1972, en Arismendi, *Uruguay y América Latina en los años 70*, 73.
- 56 Ver palabras de Enrique Rodríguez en Wilson Ferreira Aldunate, *Estadista y parlamentario*, 3 vols. (Montevideo: Cámara de Senadores, 1993-5), 2:466-70.
- 57 Ver, por ejemplo, la carta de Arismendi a Sócrates Martínez de septiembre de 1973, publicada en Arismendi, *Uruguay y América Latina en los años 70*, 229.
- 58 Ver Niko Schvarz, “Un testimonio”, en Henri Alleg, *La tortura* (Montevideo: Joven Guardia, 1972); y Horacio Bazzano, “Introducción”, en Julius Fucik, *Reportaje al pie del patíbulo* (Montevideo: Joven Guardia, 1972).
- 59 Ver, por ejemplo, “Dos opiniones jóvenes”, *UJOTACÉ*, 15 de noviembre de 1969, 10, “Crónicas de una humanidad combatiente”, *UJOTACÉ*, 17 de enero de 1970, 10, y “Libros: Así se templó el acero, un imprescindible”, *UJOTACÉ*, 5 de diciembre de 1970, 7.
- 60 Ver “Una definición: El grupo y sus canciones”, *UJOTACÉ*, 6 de marzo de 1971, 8; y “El grupo: La protesta llega al beat”, *Magazine*, 23 de mayo de 1971, 2-3.
- 61 Ver los fotogramas 0022-01\_08-01FPEP y 0022-01\_08-02FPEP, Fondo Privado *El Popular*, Centro Municipal de Fotografía, Montevideo.
- 62 La relación entre definiciones de género y violencia política requiere más análisis, en contrapunto con las ideas de Victoria Langland acerca del contenido sexual asignado a la militancia de las mujeres, especialmente las jóvenes, en los años sesenta en Brasil. Ver su artículo “Birth Control Pills and Molotov Cocktails: Reading Sex and Revolution in 1968 Brazil”, en Gilbert M. Joseph y Daniela Spenser (coords.), *In From the Cold: Latin America’s New Encounter with the Cold War* (Durham y Londres: Duke University Press, 2008).
- 63 Ver, por ejemplo, Daniel Viglietti, “Canción del hombre nuevo”, LP *Canciones para el hombre nuevo* (Montevideo: Orfeo, 1968): “Por brazo, un fusil; / por luz, la mirada. / Y junto a la idea / una bala asomada.”
- 64 Alfredo Zitarrosa, “Diez décimas de autocrítica”, simple *A los compañeros* (Montevideo: Cantares del Mundo, 1972). Las posturas de Viglietti y Zitarrosa sobre la lucha armada como ejemplos de divergencias en la izquierda uruguaya han sido señaladas en Denise Milstein, “Interacciones entre Estado y música popular bajo autoritarismo en Uruguay y Brasil”, V Congresso Latinoamericano da Associação Internacional para o Estudo da Musica Popular, 2004, <[www.hist.puc.cl/iaspm/rio/Anais2004%20\(PDF\)/DeniseMilstein.pdf](http://www.hist.puc.cl/iaspm/rio/Anais2004%20(PDF)/DeniseMilstein.pdf)>.
- 65 Ver, por ejemplo, “George Harrison”, *La Morsa*, 7 de junio de 1970, 8; “Joan Baez, especial La Morsa”, *La Morsa*, 31 de octubre de 1971, 6; y “Woodstock: Canto a la paz (con altibajos)”, *UJOTACÉ*, 17 de octubre de 1970, 10.
- 66 A. Zitarrosa, “La canción quiere”, simple *A los compañeros* (Montevideo: Cantares del Mundo, 1972).
- 67 Ver “¡6000 nuevos afiliados durante 1969!”, *UJOTACÉ*, 13 de diciembre de 1969, 3; y “Los convencionales”, *UJOTACÉ*, 29 de mayo de 1971, 3.
- 68 Más difícil resulta desentrañar el significado del porcentaje de desocupados. ¿Eran jóvenes de familias pobres en busca de trabajo o provenían de sectores acomodados

que podían mantenerlos sin ocupación aparente? Aunque seguramente había algunos militantes a sueldo de la organización, el descenso de esta categoría entre los delegados a la Convención sugiere que no se trataba de la razón principal para tan alto número de desempleados. Tampoco parece muy probable que los cuadros se definieran de esa manera.

## BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES CITADAS

- Aldrighi, Clara. *La izquierda armada: Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros*. Montevideo: Trilce, 2001.
- Altesor, Alberto. *¿Cuáles son las tareas de los secretarios de organización?* Montevideo: Ediciones de la Convención Nacional de Organización del PC, 1967.
- Arismendi, Rodney. *Insurgencia Juvenil: ¿Revolución o revolución?* Montevideo: EPU, 1972.
- Arismendi, Rodney. *Uruguay y América Latina en los años 70*. México: Ediciones de Cultura Popular, 1979.
- Bazzano, Horacio. "Introducción". En Julius Fucik. *Reportaje al pie del patíbulo*. Montevideo: Joven Guardia, 1972.
- Brecha*, Montevideo, 1998.
- Bucheli, Gabriel y Jaime Yaffé. "Entrevista a Ricardo Calzada". *Cuadernos de la Historia Reciente*, 1968-1985 2 (2007).
- Cores, Hugo. *El 68 uruguayo: Los antecedentes, los hechos, los debates*. Montevideo: EBO, 1997.
- Cuadernos de Marcha*, Montevideo, 1967.
- Della Porta, Donatella. *Social Movements, Political Violence, and the State: A Comparative Analysis of Italy and Germany*. New York: Cambridge University Press, 1995.
- El Popular*, Montevideo, 1969.
- Estudios*, Montevideo, 1964-8.
- Ferreira Aldunate, Wilson. *Estadista y parlamentario*, 3 vols. Montevideo: Cámara de Senadores, 1993-5.
- Fondo Privado *El Popular*, Centro Municipal de Fotografía, Montevideo.
- La Morsa* (suplemento de *El Popular*), Montevideo, 1970-1.
- Landinelli, Jorge. 1968: *La revuelta estudiantil*. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias-EBO, 1989.
- Langland, Victoria. "Birth Control Pills and Molotov Cocktails: Reading Sex and Revolution in 1968 Brazil". En Joseph, Gilbert M. y Daniela Spenser (coords.) *In From the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War*. Durham y Londres: Duke University Press, 2008.
- Leibner, Gerardo. "Afiliate y baila" (capítulo de su libro inédito sobre el PCU; consultado por gentileza del autor en 2006).
- Leibner, Gerardo. "Perspectivas revolucionarias y los desafíos desde la izquierda" (capítulo de su libro inédito sobre el PCU; consultado por gentileza del autor en 2006).
- Lessa, Alfonso. *La revolución imposible: Los Tupamaros y el fracaso de la vía armada en el Uruguay del siglo XX*. Montevideo: Fin de Siglo, 2003.

- Magazine* (suplemento de *El Popular*), Montevideo, 1971-2.
- Marcha*, Montevideo, 1967-9.
- Markarian, Vania, María Eugenia Jung e Isabel Wschebor. 1968: *La insurgencia estudiantil*. Montevideo: Archivo General de la Universidad de la República, 2008.
- Markarian, Vania. *Idos y recién llegados: La izquierda uruguaya en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos, 1967-1984*. México: Ediciones La Vasija/Correo del Maestro-CEIU, 2006.
- Markarian, Vania. “Al ritmo del reloj: Adolescentes uruguayos de los años cincuenta”. En José Pedro Barrán, Gerardo Caetano y Teresa Porzecanski (coords.) *Historias de la vida privada en el Uruguay III: Individuo y soledades, 1920-1990*. Montevideo: Taurus, 1998.
- Milstein, Denise. “Interacciones entre Estado y música popular bajo autoritarismo en Uruguay y Brasil”. Trabajo presentado en el V Congreso Latinoamericano da Associação Internacional para o Estudo da Musica Popular, 2004. Disponible en <[http://www.hist.puc.cl/iaspm/rio/Anais2004%20\(PDF\)/DeniseMilstein.pdf](http://www.hist.puc.cl/iaspm/rio/Anais2004%20(PDF)/DeniseMilstein.pdf)>.
- Pérez, Jaime. *El ocaso y la esperanza: Memorias políticas de medio siglo*. Montevideo: Fin de Siglo, 1996.
- Punto de Vista*, Santiago de Chile, 1967.
- Rama, Germán. *Grupos sociales y enseñanza secundaria*. Montevideo: Arca, 1963.
- Rey Tristán, Eduardo. *A la vuelta de la esquina: La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973*. Montevideo: Fin de Siglo, 2006.
- Sanseviero, Walter. *El comunismo tiene la respuesta: 7º Congreso de la UJC*. Montevideo: Biblioteca de la UJC, 1969.
- Schwarz, Niko. “Un testimonio”. En Henri Alleg. *La tortura*. Montevideo: Joven Guardia, 1972.
- Silva Schultze, Marisa. *Aquellos comunistas, 1955-1973*. Montevideo: Taurus, 2009.
- U.S., Department of State, “Amembassy Moscow to State Department”, 15 de junio de 1970. National Archives and Records Administration, College Park, MD.
- UJOTACÉ* (suplemento de *El Popular*), Montevideo, 1969-71.
- Varela, Gonzalo. *El movimiento estudiantil de 1968: El LAVA, una recapitulación personal*. Montevideo: Trilce, 2002.
- Viglietti, Daniel. *Canciones para el hombre nuevo*. Montevideo: Orfeo, 1968.
- Zitarrosa, Alfredo. *A los compañeros*. Montevideo: Cantares del Mundo, 1972.